

EL JARDIN DE NUESTROS POETAS

Póstuma

por Alberto BENSADON

Fué una ruptura natural. Tú fuiste la siempre santa... Yo, el eterno triste... Y tuvo que ocurrir. De la discordia negar no puedo que salí vencido, mas, derramé mi gran misericordia para todo el pecado de tu olvido.

No lo intentes

por Adolfo DIEZ GÓMEZ

No lo intentes... ¡para qué? Acalla el santo dolor... ¡Quién resucita el amor cuando el amor ya se fué?

¡Te engañó? Buena razón para que pronto el olvido cure por siempre tu herido y angustiado corazón!

No implores; sin un desmayo mira la pena que asoma; el jazmín pierde su aroma mas no se inclina en el tallo!

Llora, mas piensa al llorar, sobre los hombres tu cruz, que si el amor es la luz, mas luz es dolor de amar!

Sufre y aguarda el futuro, pronto llegará el sosiego; si el oro quiere ser puro debe pasar por el fuego!

Y si te llegó la hora de la eterna libertad... Es mejor morir de aurora que morir de oscuridad!

No lo intentas, ¡hara qué! Acalla el santo dolor... ¡Quién resucita el amor Cuando el amor ya se fué!

Sancho

por Alfredo D. FERREIRA

Al hundirte en las sombras de la Nada, con tu panza grotesca bien repleta, has dejado a tu paso en el planeta la huella de tus pies muy bien marcada,

Allá, cuando emprendiste tu cruzada, eterno soñador con tu panceta, no pensaste tal vez que tu silueta por más de medio mundo era admirada.

Al emprender el viaje de partida, quizás soñando con que en la otra vida tendrías siempre el vientre satisfecho, has dejado a los vivos tus lecciones que cuentan hoy en día con millones de alumnos que son hombres de provecho...

Constelación errante

por Félix A. FERRARIO

La noche era de estío. En el profundo cielo la paz del infinito reinaba por doquier. Los astros—puntos de oro sobre el celeste velo—arrá centelleaban mostrando su poder.

De pronto, refulgente, destocase una estrella. Y otra en seguida y otra, cual aurea exhalación. Las tres eran muy grandes y, como grandes, brilló la estela que en el cielo siguió a su aparición.

Ya rota para siempre la ley con que Natura sujetó a los vasallos del reino sideral, el trío fuése arruntar, y abandonó la altura, alzándose en la Tierra su trono celestial.

Vosotras, bellas niñas, que aquel grupo formabais, al mundo descendistis desde el azul confín, y en perfumadas flores—tal vez lo que buscabais—os vistéis convertidas aquí, en nuestro jardín.

Y tras triunfal reinado de puros ideales, cumplido lo marcado por un feliz destino, retornareis sin duda, a zonas celestiales. El fiel ángel Custodio, os abrirá el camino!...

Rosas de tu emoción

por Ricardo M. LLANES

Ha vuelto a coronarse mi florero con las rosas que anoché tú me diste; ya no está, como ayer, desierto y triste, porque con tu presente lisonjero ha vuelto a coronarse mi florero.

¡Rosas de tu emoción! Flores benditas que me dejaste por la larga semilla de mi quebranto. Divinal ofrenda de consuelo en mis noches infinitas! ¡Rosas de tu emoción! Flores benditas!

De tu dulce recuerdo sacroso, emanen el perfume delicioso; y guardan el sublime, el milagroso motivo de vivir con el encanto de tu dulce recuerdo sacroso!

Con los besos de luz de tus pupilas, en ellas me dejaste tu alma tonta; y luego, cariñosa me las diste con tus manos pequeñas y tranquilas, ¡con los besos de luz de tus pupilas!

Portadoras de fausta primavera son tus rosas; lo dicen sus colores. ¡Rosas de tu emoción! Sencillas flores, que dejarán de ser, cuando me muera, ¡portadoras de fausta primavera!



Sueños blancos

por Sofía ESPÍNDOLA

Se ha muerto la niña de ojos azules, soñando con hadas y bellos cuernos.

Se fué para siempre con una sonrisa cuando el horizonte tenía de lila la tarde doliente...

Ahora descansa entre tulipanes blancos rodeada de lirios y hermosos corazoncitos de pálidos nardos.

Cercana a la muerta la hermana pequeña la mira soñando con cielos y estrellas.

Pasaron sus llantos, cesaron sus quejas, y sueña extasiada que la hermana buena sobre blancos lirios amoresa sueña que ángeles rubios danzan con ella llevando coronas de rosas helenas.

Y sueña la niña que la dulce hermana despertará luego con flores y palmas.

¡Oh ensueños serenos de la casta infancia! ¡oh dulces anhelos que tejen y sueñan su puro embellecimiento!

¡Oh almitas de niñas que frente a la muerte encuentran sonrisas y pueblan sus mentes de glorias bimbitas!

La que pasa a mi lado

por G. PAZ NOYA

Su nombre es un enigma, pero yo la imagino de corte romántico, de brevedad eufónica; suave como la brisa que arruga el cristalino estanque o cual la tinta del crepúsculo agónica.

Juraría que he visto su perfil peregrino en las ilustraciones de apollinada crónica del año mil. Y chocáme el molde parisino de su tocado a modo de una tecla inarmónica.

Trascienden tal perfume de grandiosa escondida la dignidad severa de su mirada, el lirio de su frente imperiosa, lo noble de sus curvas

de su cuerpito que flingenme los ecos de la vida que la rodea, un coro de ruegos, un delirio de aplausos que arrebata su presencia a las turbas...

La hiedra

por Arturo L. ALBERT

Una noche de octubre, transitanda por las calles desiertas, mientras mi pensamiento obsesionado transportábame a Ella, pleno de unción, supersticiosamente, de una florida verja desprendieron mis dedos un gajito de simbólica hiedra.

"Tú desde hoy ahuyentará—me dije—la mala suerte maestra".

Y sabe Dios, qué lleno de optimismo en su jardín planté la rama aquella.

Y corrieron los meses y aquél gajo techumbró la glorieta; y en verdad parecían que el genio de nuestra suerte adversa hubiese sido desterrado o muerto por la tentacular enredadera, que, cual un talismán propiciatorio de venturas eternas, copiosamente, interminablemente, daba sus hojas nuevas.

Y en una noche plácida, una noche de dulce primavera; una noche en que el cielo parecía embriagado de estrellas; una noche en que mi alma enamorada iba a su arrimo, presurosa y tierna, llevándole sus nuevas ilusiones y a buscar las de Ella, allí, bajo el dosel de los follajes que ornaban la glorieta, en la penumbra trágica nacida de aquél todo de hiedra, (oh, Dios, por qué mis ojos no cegaste!) la sorprendió con otro, cruel y perversa; bajo la planta de la "buena suerte"; que maldecida por los siglos sea!

Escucha...

por Arturo MARTINI

¡Quieres que sueñe? Sé tierna como el suspiro de un pájaro.

¡Quieres que viva? Sé pura, con la pureza del nardo.

Y si mi muerte una dicha te proporcionara, acaso, déjame verte una vez en el calor de otros brazos.

Postre anhelo

por Rita FERREIRA GAMARO

Quisiera lontanamente ir dudando la frente hasta besar el polvo del camino...

Sentirme dulce y fuerte, soñar ante la muerte como lo fuí también ante el destino.

Despedirme del mundo en un largo y profundo suspiro de descanso y alegría, y cerrando los ojos sin rencores ni enojos dormirme para siempre en la agonía.